

[Publicado previamente en: *Jano* 119, 1974, pp. 91, 93-94, y 97. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión, sin ilustraciones y con la paginación original].

© José María Blázquez

Circo y fieras en la Roma antigua. Pantomimas y naumaquías

José María Blázquez Martínez
Catedrático Emérito de Historia Antigua
Universidad Complutense

[91 →]

Uno de los espectáculos más populares fue en el Imperio Romano el acoso de fieras, celebradas generalmente en los anfiteatros. En origen estos espectáculos, como los juegos olímpicos, némeos, píticos e ísmicos y las representaciones teatrales en Grecia, o los combates de gladiadores y carreras de carros en Roma, eran rituales religiosos en honor de los dioses o de los difuntos importantes; con el tiempo, estos rituales se degradaron y se convirtieron en juegos o en deportes. Todavía, a finales del Mundo Antiguo, en las representaciones de carreras de caballos o de luchas de fieras no es raro que una imagen de Cibele presida los juegos. El más antiguo espectáculo de lucha de fieras de que hay noticia en Roma data del año 186 a. C. y tuvo lugar unos 80 años antes de que se introdujeran los combates de gladiadores. La afición por este espectáculo sangriento pervivió por lo menos hasta el s. VI. En el año 469 los emperadores León y Artemio prohibieron que se celebrasen en domingo. En el año 536 el emperador bizantino Justiniano decretó que los cónsules debían ofrecer al pueblo acosos de fieras. Este espectáculo era variado en su composición; unas veces se exhibían sólo fieras, otras luchaban éstas entre sí, y frecuentemente con hombres; se simulaban también en el anfiteatro auténticas cacerías de animales salvajes. Los que luchaban con las fieras se llamaban bestiarios; unas veces eran contratados, otras se obligaba a combatir a criminales o a prisioneros de guerra. Autores de los s. II y III, como los escritores cristianos Tertuliano y San Cipriano y el jurista Ulpiano, nos informan de que también se ofrecían voluntarios para luchar con las fieras, que tenían a gala el participar sin recibir soldada, incluso algún emperador para demostrar en público su valor no tuvo inconveniente en descender a la arena y matar con su propia mano las fieras. El historiador Dión Casio cuenta que Cómodo (180-193) mató en un solo día cinco hipopótamos, y en varios una jirafa, dos elefantes y algunos rinocerontes.

Existían grupos o familias de bestiarios, que se adiestraban, como los gladiadores, en escuelas especiales; una de estas escuelas fue creada por el emperador Domiciano a finales del s. I. Generalmente este espectáculo se celebraba en el anfiteatro; en el de Mérida se conservan todavía las habitaciones de las fieras con unas ventanucas para alimentarlas. Las primeras fieras que se vieron en Roma procedían de África, donde Cartago, la gran metrópoli mercantil, había sido arrasada en el año 146 a. C. El historiador contemporáneo de Augusto, Tito Livio, recoge la noticia de que en un espectáculo de fieras celebrado en Roma en el año 169 a. C. y organizado por los ediles P. Léntulo y Escipión Násica, se exhibieron 63 fieras africanas (panteras, leopardos y hie-

nas, 40 osos y elefantes). Por estas fechas, se presentaban a veces sólo animales inofensivos, pues en los juegos organizados para festejar a la diosa Flora sólo participaron esta clase de animales. El comediógrafo Plauto vio en su tiempo avestruces. Además de estas fieras importadas, se sacaban a la arena animales traídos de distintas regiones de Italia, de los montes Apeninos, de Lucania y Apulia, como osos, jabalíes, corzos, ciervos y liebres.

Los acosos de fieras cobraron cada vez más importancia ya a finales de la República Romana y se vieron en Roma animales nunca antes vistos. En el año 58 a. C. en las fiestas organizadas por Escauro se exhibieron un cocodrilo y un hipopótamo. Pompeyo, con ocasión de los espectáculos venatorios, celebrados con motivo de la consagración de su teatro, presentó al público un rinoceronte, unos monos africanos

[93 →]

desconocidos y un lince de la Galia (Francia). En las cacerías preparadas por César en el año 74 a. C. el pueblo romano vio por vez primera una jirafa y en el año 11 a. C. un tigre.

Asombra la variedad de fieras que participaban en estas dos exhibiciones o luchas, pero lo que más llama la atención es la abundancia de animales de una sola especie que se presentaban al público, que indica un gran comercio de fieras perfectamente organizado y muy rentable desde los países de origen hasta el anfiteatro de Roma. El cazador era propietario de los animales cazados por él, fuese en terrenos propios o ajenos. Sin embargo, las cacerías de elefantes sólo se podían organizar con autorización del emperador. La posesión de esta fiera era un privilegio exclusivo del emperador. Los emperadores también se reservaron el privilegio de cazar leones o de autorizar su captura. El transporte de las fieras se hacía generalmente por mar. Está bien representado en algunos de los soberbios mosaicos de Piazza Armerina, Sicilia (300-360). Los convoyes tardaban varios meses en llegar y frecuentemente perecían las fieras en el viaje. Del edicto, dado por los emperadores Honorio y Teodosio, del año 417, se desprende que los municipios por donde pasasen tenían la obligación de alimentar las fieras, lo que motivaba abusos sin cuento. En Hierápolis, capital de la provincia romana del río Éufrates, una vez se detuvo un convoy 3 o 4 meses en vez de una semana; por este motivo los citados emperadores legislaron que no se podían detener más de 7 días en la misma ciudad.

En los citados juegos pagados por Pompeyo intervinieron 18 o 20 elefantes, 500 o 600 leones y 410 fieras africanas de otras especies; y en los de César 400 leones y 40 elefantes. Los datos que conservamos de época imperial indican que las luchas de fieras gozaron cada vez de más aceptación y de que los emperadores para congraciarse con el pueblo de Roma y apartar su atención de los problemas acuciantes de la vida ordinaria no escatimaban dinero en gastos. Augusto dio en su vida 26 juegos organizados por él, y se sacrificaron 3.500 fieras de África, que era la principal abastecedora de los animales salvajes. El emperador Tito, en el año 80, montó unas fiestas que duraban 100 días para celebrar la consagración del anfiteatro Flavio, que tenía cabida para 40.000 o 45.000 espectadores; en un solo día se presentaron 5.000 fieras y durante estas fiestas se mataron 9.000 animales. Trajano, en el año 107, celebró el triunfo sobre Dacia, la actual Rumania, con unas fiestas que duraron 4 meses, en las que intervinieron 11.000 fieras que lucharon contra 10.000 hombres.

Roma llevó a las provincias el gusto por este espectáculo. El gaditano Columela, a comienzos del Imperio, alude a fieras africanas traídas a la Bética, la actual Andalucía, para que participasen en los juegos del anfiteatro. Los zoos de Roma estaban llenos siempre de fieras, que en cualquier momento podían intervenir en los anfiteatros. Nerón (54-68), en el gran palacio llamado la *Domus Aurea*, que construyó en Roma, al decir

del historiador Suetonio, tenía "bosques con una multitud abigarrada de animales domésticos y salvajes de todas clases". En tiempo de Gordiano III, hacia el año 235, había en Roma, según la *Historia Augusta*, obra de finales del s. IV, 32 elefantes, 10 alces, 10 tigres, 60 leones domesticados, 30 leopardos domesticados, 10 hienas, 6 hipopótamos, 1 rinoceronte, 10 leones salvajes, 10 jirafas, 20 onagros, 40 caballos salvajes e innumerables y divertidísimos animales, fieras todas, que fueron presentadas en la arena con ocasión de celebrar Filippo el Árabe el milenario de la fundación de Roma, celebrado en el año 248. Para el mantenimiento de todas estas fieras se necesitaba un numeroso personal administrativo y la inversión de cuantiosas sumas de dinero. Calígula (37-41), en una época en que la carne había alcanzado un precio alto, alimentaba a las fieras con carne humana de criminales. Aureliano regaló las fieras que participaron en su triunfo, para no gravar el fisco, lo que indica que de los fondos públicos se sostenían los animales y que su mantenimiento era costoso. Un procurador administraba los fondos especiales destinados al sostenimiento de los elefantes.

En los anfiteatros no sólo se exhibían fieras, luchaban éstas unas contra otras o contra hombres, sino que también se simulaban auténticas cacerías; la mejor conocida [94 →]

está descrita en la citada *Historia Augusta*, con ocasión de las fiestas organizadas por el emperador Probo; dice así: "El espectáculo se dispuso como sigue: grandes árboles, arrancados con sus raíces por los soldados, se colocaban sobre una plataforma de madera de gran extensión que se había recubierto de tierra. De esta manera, todo el circo, plantado de modo semejante a un bosque, pareció florecer con la frescura de las hojas verdes. En seguida soltaron por todos los caminos mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, mil gamuzas, mil cabritillos salvajes y otros animales herbívoros en tanta cantidad cuanto les fue dado alimentar y encontrar. Hecho esto, dejaron penetrar en el bosque a la plebe y cada uno se apoderó de lo que quiso. Otro día, Probo hizo soltar de una vez en el anfiteatro a cien leones de largas crines. El fragor de sus rugidos parecía el tronar de la tormenta. Se les dio muerte por la espalda a todos estos leones y, mientras morían, no dieron el buen espectáculo que se esperaba de ellos, ya que no tenían ese ímpetu que tienen cuando salen de sus jaulas. A muchos de ellos, que no querían avanzar, se les mató con flechas. Salieron también cien leopardos de Libia, cien leopardos sirios, cien leonas juntamente con cien osos. Parece ser que el espectáculo de todas aquellas fieras fue más imponente que agradable." Otras fiestas eran más complicadas aún. El poeta Calpurnio describe una fiesta dada por Nerón, en la que el suelo se abrió y de los abismos salió un bosque maravilloso con árboles resplandecientes por el oro y surtidores olorosos, poblado de fieras de lejanos países. En los juegos que organizó Septimio Severo, en el año 202, la palestra se transformó en pocos momentos en un barco gigantesco, que inmediatamente se desencuadró, quedando sobre la arena 700 fieras, leones, panteras, osos, bisontes y avestruces, que fueron sacrificados en los 7 días que duró la fiesta.

A los condenados a las fieras frecuentemente se les ataba a un carro, que se llevaba a donde los animales se encontraban; otras veces se les obligaba a ir a su encuentro azotándolos por las espaldas, según se ve en el mosaico de Zliten. También se les colgaba de un madero, como a Blandina, cristiana, que en Lyon, en el año 177, fue condenada a las fieras, o se les ataba a un puente o tablado, como a Saturo, mártir cristiano africano del año 203. Las actas de los mártires —los cristianos fueron frecuentemente condenados a las fieras— nos informan de algunas particularidades, como de que los condenados eran flagelados antes, como se hizo con la citada Blandina o con los mártires de Tiro, en

época de Diocleciano a principios del s. IV, y de que cuando se les echaba a toros bravos, iban envueltos en redes, como Perpetua y Felicitas, compañeras de Saturno.

La actitud de los intelectuales fue ambigua ante estas degollinas de hombres y fieras organizadas para divertir al populacho. Varrón, a finales de la República, escribió la siguiente frase condenatoria de tales juegos: "¿No sois unos bárbaros, los que echáis los criminales a las fieras?" Cicerón, el gran orador, contemporáneo del escritor anterior, también fue contrario a este espectáculo: "¿Qué placer puede representar para una persona culta ver como un hombre débil es despedazado por una fiera fuerte y gigantesca o como un hermosísimo animal es atravesado por una jabalina?" Séneca manifestó repetidas veces su repulsa ante estas matanzas. El cristianismo se opuso a ellas por boca de algunos de sus mejores representantes, como san Juan Crisóstomo en el s. IV y Salviano de Marsella, en el siglo siguiente; en cambio, los poetas Marcial y Estacio, en tiempo de Domiciano, alaban estos espectáculos.

Las cacerías de fieras en los anfiteatros sirvieron también a la medicina. Galeno escribe que muchos médicos presenciaron la autopsia de un elefante gigantesco y del cuerpo de estos animales sacrificados se obtenían medicinas. También sirvieron a los artistas para copiar fieras del natural. El famoso escultor Pasiteles, de finales de la República, estuvo a punto de ser despedazado por una pantera escapada de una jaula, mientras modelaba un león.

En los anfiteatros romanos presenciaban los espectadores otros tipos de diversiones, como las pantomimas y las naumaquias, éstas últimas no siempre celebradas en ellos. En las pantomimas los actores eran generalmente criminales, condenados a muerte, entrenados para estos tipos de espectáculos. Los actores solían salir a la arena vestidos con túnicas bordadas en oro, con mantos de púrpura y coronados con coronas doradas. De pronto, los vestidos se inflamaban y los delincuentes morían abrasados. El populacho romano había bautizado a semejantes mortíferos vestidos con el nombre de "túnica molesta". Otras veces, como a los cristianos, a quienes Nerón en el año 64 echó la culpa del incendio de Roma, se les embadurnaba de resina y de pez y ardiendo se convertían en auténticas antorchas humanas, que iluminaban la noche; a otros condenados, vestidos de pieles, se les arrojaba a los perros para que

[97 →]

los descuartizasen. Los escritores de época imperial han conservado datos sobre estas pantomimas que a nosotros se nos antojan espeluznantes, pero que hacían las delicias de los espectadores de los circos. Muchas veces las pantomimas ponían en escenas hechos famosos de la Historia Romana o mitos. Nuestro poeta Marcial, que también pintó los espectáculos de la capital del Imperio, vio a un criminal disfrazado de Mucio Escévola, con una mano colocada sobre el fuego, hasta que éste se la abrasó toda. Se representó también en el anfiteatro la crucifixión del bandolero Laureolo, que fue desgarrado por las fieras. El poeta bilbilitano describe con un realismo impresionante el suplicio: la carne le caía a pedazos. En otra pantomima un condenado representaba a Orfeo, el héroe mitológico, que con su música amansaba a las fieras. Aparecía en un paraje campestre, rodeado de toda clase de fieras, de pronto le dejaron caer, y fue despedazado por un oso. Tertuliano, que como todos los cristianos, fue muy contrario a este tipo de espectáculos sangrantes, en época de la Dinastía Severiana (193-235), alude a diversos mitos puestos en escena, como la castración de Atis; otro condenado llevaba los atributos de Hércules, y como el semidiós en el Eta, fue abrasado vivo. El apologista cristiano escribe que había gente que se prestaba voluntariamente a recorrer cierta distancia con los vestidos ardiendo.

No todas las pantomimas acababan trágicamente. También se representaban mitos obscenos y alegres, como el rapto de Europa por el toro.

A veces la arena se inundaba de agua y se convertía en un lago, donde se celebraban combates navales. Conocemos una serie de naumaquías gracias a los historiadores Tácito y Suetonio. La más antigua conocida data del año 46 a. C. La organizó Julio César con motivo de los juegos triunfales que celebraron ese año su triunfo sobre los enemigos. El dictador mandó hacer en el Campo de Marte un gran lago artificial, donde se enfrentaron una flota tiria y otra egipcia. Participaron 1.000 soldados y 2.000 remeros en cada flota; los barcos eran de dos, tres y cuatro remos. En el año 2 el emperador Augusto, para festejar la consagración del templo de Marte Ultor, organizó una gran naumaquia celebrada en un lago artificial; este lago medía 533 metros de largo y 357 de ancho. Combatieron 30 naves grandes de los atenienses y de los persas, mas un número mayor de pequeños barcos. El número de participantes fue de 3.000 combatientes, sin contar los remeros.

El emperador Claudio en el año 52 organizó un gran simulacro de combate naval, para celebrar la terminación de las obras que unían el lago Fucino, mediante un canal, con el río Liris. En el combate celebrado en el lago participaron 19.000 combatientes, repartidos en dos flotas, siciliana y rodia. Las orillas del lago, al decir de Tácito, estaban llenas de balsas para impedir que el numeroso público, que se apiñaba en las orillas, se cayera al agua. Las balsas estaban ocupadas por destacamentos de los cohortes pretorias, que eran la guardia personal del emperador. El propio emperador Claudio, acompañado de la emperatriz Agripina, presidió el espectáculo.

Nerón en el año 57 o 58 convirtió la arena del anfiteatro levantado por él en el Campo de Marte en un gigantesco lago, donde se exhibieron toda clase de peces y monstruos marinos, y se reprodujo un encuentro naval entre persas y griegos, que recordaba los de las Guerras Médicas. Después se vació el lago y sobre la arena lucharon los gladiadores y se simuló un combate terrestre. En el año 64 el mismo emperador en el mismo lugar organizó por segunda vez una naumaquia, seguida, como la primera, de un combate de gladiadores y después vino un fastuoso festín organizado por Tigelino.

El emperador Tito organizó en el año 80 unas fiestas que duraron 100 días y no podían faltar en ellas los espectáculos acuáticos. En el primer día sobre una tarima de madera que cubría el lago organizó unos combates de gladiadores y un acoso de fieras, el segundo día una carrera de carros y el tercero un simulacro de batalla naval entre atenienses y siracusanos, que recordaban los tenidos con ocasión del ataque de Atenas a Siracusa, durante la Guerra del Peloponeso, 415-413 a.C.

El emperador Domiciano intentó eclipsar las fiestas acuáticas organizadas por su hermano, hizo construir un nuevo y grandioso lago artificial y organizó un gigantesco combate naval. Durante esta representación cayó una gran tormenta sobre los espectadores, pero no se les permitió abandonar sus puestos, lo que motivó que muchos enfermasen.

La *Historia Augusta*, obra de finales del s. IV, da noticia de otra naumaquia, celebrada por el emperador Filippo el Árabe, con ocasión de festejar el milenario de la fundación de Roma. No se conocen detalles.

Los emperadores romanos fueron muy pródigos en organizar toda esta clase de espectáculos para distraer al populacho de Roma. Dión Casio ya cayó en la cuenta de que el pueblo se entretenía con ellos y no pensaba en política, ni en los verdaderos problemas de la vida.